

Conferencia Instituto Cervantes Berlín.
26 de septiembre de 2006.

TRES VECES BERLIN

(Una ponencia sobre lecturas y deslecturas).

Por José Guillermo Ánjel R.

A Peter Schultze-Kraft, que nació en Berlín, al viejo estilo.

Por más que yo viniera de una antigua capital como Viena, en Berlín me sentía un provinciano y abría mucho los ojos hasta que se acostumbraron a permanecer abiertos.

Elias Canetti. La antorcha al oído (Cuarta Parte, El torbellino de los nombres. Invitación al vacío).

Al principio de mi estancia en Berlín, yo huía de la soledad. No buscada los cafés literarios, esos laboratorios de estar solo, no llamaba por teléfono a mis conocidos. La Blücherstrasse me había acogido y me ocultaba como si fuere un estafador.

Sándor Márai. Confesiones de un burgués.

Alguna vez le pregunté a un rabino por qué se decía en el rezo kadosh, kadosh, kadosh (santo, santo, santo). Me respondió que, para que algo existiera ya por siempre, ese algo debía construirse un mínimo de tres veces. Adán es construido tres veces (Adan Kadmón, Adan Ruáj, Adan Adamá), un pintor es pintor después del tercer cuadro, un escritor es escritor después de la tercera novela etc. Quizás por esta razón, para los cabalistas, el mundo es un tríptico que se contiene en sí mismo: en lo que vemos, en lo que entendemos y en la poesía que contiene. No sé si esto sea cierto o no, pero me gusta creer que así es.

Así que para que este Berlín del que quiero hablar exista, lo veré a través de lo que vi y entendí (escribí un diario de más de setecientas páginas), de lo que llevé a la literatura, y de lo que leí en castellano, francés y alemán. Con relación a esta última lengua, creo que inventé más de lo que bien pude traducir. Este ejercicio de leer una lengua que apenas se aprende y, al no entender como es debido, tener que inventar lo que allí dice, fue absurdo. O, mejor, tropical. Me he criado en unas tierras donde la fabulación está por encima de la razón. A veces me pregunto qué hubiera hecho Immanuel Kant allí. Posiblemente escribir una Crítica de la razón caliente. O de la pre-razón,

lo que nos acercaría más a los animales y a las plantas y justificaría nuestra lujuria y desorden. No me excluyo de estas dos palabras: en el trópico llueve y hace el mismo sol para todos. Así que ser y persistir en ser judío en el trópico no es una rareza sino una demencia más. Creo que nos salva el humor.

Primera vez Berlín: lo que vi.

Una ciudad, antes que edificios, parques, calles, museos, gente que mira por las ventanas etc., es un mapa mental que uno se hace de ella en la medida en que se la camina. Son necesarios los asombros, los sustos, la curiosidad, lo increíble, lo inefable, lo amoroso, lo sucio, los ruidos, las señoras gordas, los borrachos flacos, en fin, todo lo que uno se encuentra cuando va por una calle; todo eso que, según Eurípides, nos conceden los dioses cuando no les pedimos nada. Walter Benjamin, al hablar de Berlín, decía que era una biblioteca atravesada por un río. Elías Canetti, en cambio, la vio a través de personajes famosos (Bertold Brecht, Isaac Babel, Ludwig Hardt). Sándor Márai la entendió a través de las palabras. De todas maneras, dígame lo que se diga, una ciudad es siempre una idea en la que entramos. Por esta razón no hago comparaciones. Me parecería torpe buscar a Buenos Aires, a New York, a París, a Madrid, a Jerusalén, a Medellín en Berlín. Todas son ideas distintas. Y esto es lo que le da valor a una ciudad: que fuera de ella no hay salvación.

De Berlín vi muchas cosas. Primero las que quería ver: la ciudad de la guerra y el muro. Hago parte de una generación a la que Berlín le llegó en textos y películas que hablaban de disparos, bombardeos, gente saltando muros, espías, soldados rusos robando relojes y amores turbios entre soldados negros y mujeres blancas. O sea que la imagen era la de una ciudad donde siempre pasaba algo que producía miedo. Cuando era un muchacho, la noción que tuve de Berlín fue la de una ciudad de aventureros y pasar por aquí implicaba conocer de cerca alguna de las formas del infierno. Y como los seres humanos somos morbosos y nos atrae igual el eros que el tánatos, quise ver la ciudad destruida y vigilada (mit vielen Spionen) y sólo encontré algunos rastros y huellas de viejos bares. Más fotografías y monumentos que rastros, ciertamente. Y como las fotos se consiguen en libros y los monumentos los prefiero más para fumar un cigarrillo cerca que para tomarme una foto al lado (la gente se ve más fea y desprotegida delante de los monumentos), decidí que esa ciudad que quería ver me la encontraría mejor al azar, de repente, y no siguiendo la ruta de un mapa o de una de esas guías macabras de guerra que uno encuentra por ahí, escritas por algún psicótico. Ya se sabe que para estas personas sólo hay una realidad, por lo común la más siniestra: la de la propaganda.

De la ciudad que quise ver en un comienzo, vi poco. Realmente me aburrí guardando filas para entrar. Además hacía mucho frío y venteaba. Esto quiere decir que como turista soy un fracaso y, si es por las fotos que pude tomar o los monumentos y museos que conocí esperando en una fila, poca gente sabrá que alguna vez estuve en Berlín.

Comencé entonces a mirar a Berlín desde la ventana del cuarto donde trabajaba, en Wielandstrasse. Allí tuve tres opciones: 1. ver las partes traseras de unos edificios y de vez en cuando unos niños jugando, lo que me permitió imaginar lo que se escondía tras las paredes y las cortinas, en especial cuando estaba nevando. 2. Encontrarme con los vecinos en la escalera comunal que olía a amoníaco. Esta escalera, con aires de estilo Art-Nouveau, a veces se me hizo interminable de subir y de bajar. Presumí entonces muchas cosas acerca de la historia de ese edificio que había sobrevivido a la guerra. Por ejemplo, que en la noche bailaban el vals en alguno de los pisos mientras los bailarines brindaban con champaña los bombardeos aliados. La idea es kitch, pero seductora. 3. Ver la calle desde el balcón. Por allí pasaban gente cubierta que nunca miraba hacia arriba.

Pero eso fue sólo al comienzo, cuando el frío me obligaba a permanecer en el piso. Ya, cuando comencé a salir a las calles para comprar el pan, los cigarrillos, el Welt Kompakt (periódico que por pequeño creí que leería más fácil), el vino etc., la ciudad se me amplió en caras. Vi entonces a Berlín en la cara de la mujer que atendía la caja registradora del supermercado, en la del turco que preparaba el falafel, en la del anticuario que miraba por encima de los anteojos, en la de la librera que tenía el pelo polvoriento, en la de un hombre que sacaba osos de peluche a la calle y acabó por venderle a mi hija menor una cuerda de colores para saltar. En esas caras redondas, largas, gordas, flacas, pálidas, cuadradas, triangulares, la ciudad se me fue armando en sus posibilidades de tejido social. De esas caras salían saludos, palabras que repetían las que yo no pronunciaba bien, silbidos, preguntas cortas, asombros, curiosidades. Cuando uno está en una ciudad que no domina, antes que conocer calles y direcciones, traducir avisos y saber preguntar cuánto vale algo, lo más importante es conocer caras. Las caras, diversas en tamaños, ojos, orejas, narices, bocas, miradas, frentes y pelos, son la primera impresión de la ciudad. En esas caras (que significan que hay otro) uno se reconoce o se excluye. Se integra o se va. Para mi suerte (esto se debe quizás a que nunca he manejado mucho dinero) me fui integrando a la ciudad a través de las caras. Fui reconocido por la muchacha que vendía los periódicos y los cigarrillos y a

la que cada tanto encontré escondida detrás de un árbol; por Giría, la mujer turca que ayudaba a su tío en el bar y en las noches estudiaba para ser secretaria; por el hombre flaco del servicio de Internet que me ayudó a comprar una computadora de segunda mano; por la señora del primer piso, que me miraba y sonreía; por Christoph que me regaló mapas suficientes para hacer un incendio: por Sophie que llenó mi piso de risas y nos enseñó a preparar el café con el amargo suficiente para no caer en estados depresivos. Como digo, ingresé en Berlín a través de caras. Ya, cuando vi las caras de metal que hay en el Museo judío, entré en la Shoá. Pero no en la Shoá de las alambradas electrificadas y los trenes llenos de gente sino en la previa de los judíos berlineses que se probaban estrellas amarillas para pegar a sus trajes. Hay que morir con dignidad, lo más elegantes que podamos.

Ya luego no fueron las caras las que me evidenciaron la ciudad que comenzaba a conocer, sino que empecé a salir del barrio. O sea que Berlín (que al principio fue Friedenau y los vecinos) se amplió de manera geométrica a través del sistema de S-Bahn y U-Bahn. El uso de estos trenes permite ver exteriores e interiores, clases sociales, gente que se quiere y otra a la que le da igual que se siente a su lado un robot que un leproso. Así en el sistema urbano de trenes la visión de la ciudad se amplía. No es la misma la gente que viaja en el S-1 que la del U-8, por ejemplo. Y no son iguales las personas de las ocho de la mañana que las de las nueve de la noche. Tampoco las que leen como las que duermen con los ojos abiertos, las que se preguntan dónde están y las que miran los avisos de recompensa para quien denuncie a alguno que intente rayar las paredes o los asientos.

Los trenes han permitido siempre, debido a que van de un espacio a otro, como Sísifos que cargan y descargan, que se opere el azar. Por esto, un viajero que no persista en horarios fijos (como fue mi caso) puede darse un buen plato de ciudad con sólo comprar una Tageskarte e irse sin estación fija. Esto de pasar de una estación de superficie a una subterránea, de entrar en un vagón y salir de él, proporciona muchas visiones, desde la del escolar que casi se dobla bajo el morral que carga hasta la de la mujer que ese día ha decidido salir a buscar quien la quiera. Y esto que se ve, en términos de metáfora, es grandioso: es el mundo que se mueve, que cambia, que se encoge y amplía, que es moderno y antiguo, que se repite y a la vez es diferente porque en cada uno hay una historia distinta que puede ser deducida o imaginada. Y como el oficio de la literatura es contar qué pudo haber pasado (en esto se diferencia del periodismo y de la historia), los trenes proporcionan un material infinito

que produce condición humana en distintos estados. Lo que asegura que no somos iguales, con perdón de los que creen en D-s y los derechos humanos.

Desde los S-Bahn y U-Bahn, vi edificios que se multiplicaban y distintos tipos de oscuridad. Sentí fríos y calores diferentes y, dentro, escuché lenguas diversas. Y esas palabras en ruso, turco, español, polaco, inglés, italiano, hebreo, Hochdeutsch, alemán del sur, serbio, bámbara etc., me indicaron un Berlín cosmopolita en la que podría perderme cuando quisiera. Recordé a Sándor Márai cuando, en Confesiones de un burgués, dice que en Berlín uno se despierta con la certeza de que algo nuevo pasará y para ello hay que sentirse joven. No pasa así en otras ciudades, donde lo que uno presume que puede pasar es atroz.

Pero, aunque supe de gente que vive en los trenes y en las estaciones (se valen de una Monatskarte y saben colarse en los sanitarios), una vez vista Berlín desde y en los trenes urbanos, salí a mirar la calle y allí a los ex-comunistas de Alexander Platz, a los judíos de Oranienburger Straße a los borrachitos de Zoologischer Garten, a los vietnamitas de Pankow, a los cubanos que viven de las ancianas y están en cercanías a Janowitzbrücke, a las señoras de Dahlem, a los rusos que compran cosas carísimas en Friedrichstrasse, a los niños que cruzan por Savigny Platz, a las muchachas de Hackescher Markt, a un experto en textos anti Hegel que mantiene un cigarrillo apagado en la boca (dicen que se lo come en la noche) y aparece en Tempelhof. En fin, por las calles de Berlín hay demasiado que ver además de edificios, tranvías y taxis, parques y plazas. Y esa demasía está en las historias que deambulan de un lado al otro, a pie, en bicicleta, en bancas y por los alféizares de las ventanas. Y si bien podría hablar de una ciudad en la que florece el absurdo, como sucede en Buenos Aires, este absurdo está ordenado. Cumple normas, tiene agendas para anotar las citas, se cuida de no pasar la calle cuando el semáforo está en rojo, paga a tiempo las rentas, convive con pequeños pájaros y hace la siesta. Las calles son un bien indicativo de la gente que duerme y la de aquella que sale para comprobar que lo que soñó no es cierto. También miden la densidad de metro por habitante y los niveles de contaminación. En síntesis, en las calles de Berlín los escritores tenemos mucho que ver y oír para después imaginar. Y todo porque nadie lo empuja a uno ni se vive con la paranoia de estar mirando huecos en los que caer. Como digo, todo el absurdo está en orden. O sea que hay una lógica que no lo es. Algo de esto mencionó Martín Buber.

Y como de tanto caminar las calles uno siente que los pies se le hinchan, sobre todo (en mi caso y problema de circulación) en invierno y en verano, los bares

y los cafés aparecen como la mujer que uno busca para el reposo. En mis caminatas, que fueron largas y bajo la lluvia y entre la nieve, conocí bastantes sitios donde beberme un café, un chocolate, una cerveza. Y allí escribí los carnets de las novelas que ahora escribo, una de ellas sobre esta ciudad y los judíos que persistimos en seguir siendo lo que somos, gente que siempre va de viaje tratando de encontrar razones en los libros. Creo que si Canetti hubiera escrito *Auto de Fe en Berlín*, *Kien*, el sinólogo, en lugar de haber quemado los libros los habría multiplicado al punto de no crear un vacío sino una confusión infinita. Imagino a Borges navegando en este mar embravecido.

De los bares y cafés de Berlín, recuerdo el *Jedermann* y su música tropical antes de la una de la tarde. El chocolate del lugar valía la pena para entrar allí y salir sólo después de haber terminado un segundo cigarrillo. También el calor y el aire húngaro-parisino del *Zwiebelfisch*. Allí leí varias veces los periódicos y entré en amores furtivos con una mujer de sombrero amarillo. Ya, cerca del piso en el que vivía, el *Café del S-Bahn*. Crema de tomate, música serbia y mujeres con el pelo incendiado. Estos bares y cafés, con otros de nombre anónimo en mi memoria, me hicieron conformar a *Rajél*, un personaje que muere en el primer capítulo de la novela. Lo hice para poder invocarla en los capítulos siguientes.

Esto fue lo que vi en Berlín y esta es la primera vez que construyo la ciudad.

Segunda vez Berlín: lo que entendí.

Según Baruch Spinoza, la extensión es un atributo que permite medir tiempos, espacios, posibilidades e imposibilidades. De la extensión nacen los modos, los accidentes, la razón de la voluntad y las ideas, adecuadas o no, que permiten ingresar en un segundo atributo: el del entendimiento. Y decir que una ciudad se entiende implica amarla y maldecirla, confundirse en ella y escaparse para ser alcanzado. Y, lo más importante, sentirla en cada una de sus partes. Así, una ciudad que es recorrida siguiendo un horario (como lo hacen los visitantes), es vista pero no reconocida y menos entendida. La ciudad, como las amantes, implica una serie de contactos permanentes, unas rutinas, algunos sobresaltos y un buen contenido de poesía. Borges decía que las ciudades existían en la medida en que tenían palabras para ser soñadas.

De Berlín, entonces, entendí varias cosas:

1. Que en los trenes uno puede dormir un buen trecho (ir a *Schönefeld*, por ejemplo) mientras la ciudad transcurre sin ser vista ni presentida. O sea que

muchos de los que duermen evaden la ciudad mientras la cruzan. Esto explicaría como algunos viven en Berlín sin darse cuenta que están aquí.

2. Que las fronteras de los países no comienzan en un sitio geográfico sino en la gente. Y que es en la gente donde uno ingresa al país y no a través de una casilla de control de pasaportes. Lo anterior, en las ciudades cosmopolitas, se vive todo el tiempo. En Neukölln, por ejemplo, se pasa de Grecia a Rumanía en menos de una calle. En Kreuzberg, de un sitio ecuatorial pasa uno a un lugar de la Anatolia campesina, con apenas cambiar de mesa. Pero no por eso que ve, pues si fuera por esto uno podría ser engañado (en todos los sitios de la tierra hay coleccionistas de asuntos extraños), sino por la manera de hablar, que es la misma que tenemos de entender el mundo. Ya se sabe que el mundo, antes que cosas, lo que contiene son palabras. Y que las palabras, cuando se hablan, se cantan, se muerden, se amplían o se silencian, son las que le dan sentido a la cosa. Esto quiere decir que el entendimiento de un país, de una ciudad, son las palabras escuchadas, los gestos, los movimientos, las nuevas palabras que salen de esto. Hablando, entendí que hay muchos países en Berlín, unos con las fronteras cerradas y otros casi sin fronteras o decididamente sin ellas. Charlottenburg y Schöneberg, creo yo, son los lugares más abiertos de Berlín. Allí se habla todo el tiempo y lo único que exigen es hablar. En cualquier lengua, porque siempre hay alguno que la entiende poco o mucho.

3. Entendí que las mujeres viejas se mueren poco del corazón. Quizás lo tienen endurecido o demasiado amplio. Las dos opciones son posibles, todo depende de lo que su memoria les recuerde.

4. Entendí que Berlín cambia permanentemente. Aquí todo fluye, en contra de la teoría del eterno retorno. Quedan rastros, huellas, estatuas, águilas, fotografías, pero de eso que se muestra en catálogos y calles ya hay otra cosa. Mirando la estatua de Federico el Grande, me pareció ver más a un agente de tránsito o a un ingeniero que dirigía una construcción.

5. Logré entender que el mejor refugio para un escritor no es una librería ni una biblioteca sino un pequeño café. Allí, en alguna mesa, espera el cuento o el inicio de la novela. O la decisión de destruir lo que se ha venido trabajando. En los cafés uno entra en estado de conciencia. Por esta razón Montesquieu siempre los tuvo como lugares peligrosos.

6. Entendí que de lo que más le gusta hablar a los turcos es de haber estado alguna vez en España. De alguna manera consideran este sitio como el fin de la tierra. Así, si han ido, hablan mucho de España y de fútbol; si no, de fútbol solamente.

7. Entendí sobre la enorme capacidad que tiene Berlín de asimilar la culpa, de sentirla, de entenderla. De mostrarla para que sea esa culpa y no otra la que

permite tener una conciencia de la ciudad, no como sitio culpable sino de aceptación de la responsabilidad y, por extensión, de la reparación. Culpables hay muchos en el mundo, pero responsables muy pocos. La responsabilidad exige verse a sí mismo y encontrarse con que todavía hay dignidad.

8. Caminando por Berlín, perdiéndome en las calles de los barrios, entendí que hay muchas leyes no escritas. Y que esas leyes se violan ofreciendo un cigarrillo o se cumplen pasándose de calle. En todas las ciudades que conozco existen estas leyes Underground. Están ahí, el gobierno no tiene control sobre ellas, son las fronteras que las personas se ponen por tradición, aburrimiento o simple manera de protestar. Sería tonto hacer un juicio sobre ellas: están ahí y son parte de la memoria necesaria.

9. En este Berlín al aire libre, entendí a los judíos alemanes: regresaron porque eran alemanes, porque la patria era el idioma, la ciudad, la biblioteca enorme que la cruza. Con los judíos sefardíes pasa algo similar: mantenemos a España en el Ladino. Y los que regresan, dicen que nunca han salido de allí. Uno es del lugar donde las palabras le crean las cosas.

10. También entendí, en el interior de los pisos, en las escaleras, a través de las ventanas, que Berlín es una gran novela y un paso necesario en el trabajo de un escritor. Aquí hay una necesidad inmensa de expresar lo que no se ha dicho. Nada está agotado: siempre hay un descubrimiento, una suposición, una mejora al placer o la tristeza. Hay demasiadas palabras e historias flotando por ahí y el escritor, como un cazador de mariposas, salta, se resbala, sube y baja. Y su colección crece. Supongo que esto se debe a tantas ventanas cerradas, a tantos que van escondidos en sus abrigos, a los que buscan que los quieran pero no se atreven.

Entender una ciudad como Berlín exige paciencia y disposición al azar. Algo así como leer un libro en una lengua apenas descifrada. Las anécdotas son pocas y es más la poesía, las preguntas, la literatura. Berlín es una ciudad para buscar nada porque cada cosa está presente. Incluso el muro. Y no hablo de esos trozos de muro que los turistas tocan sino del que se habla, del que se imagina, de ese que algunos viven todavía y cruzan aún con la idea de que alguien podría disparar.

Para un escritor, las ciudades se entienden en la medida en que las palabras las atrapan. Es decir, en la medida en que se construye una memoria particular de ellas. Durante el 2005, año de inviernos intensos y árboles muy rojos en otoño, imaginé y escribí mucho sobre la ciudad. Escribir es una manera de hacer fotografías sin que nadie se dé cuenta y ninguno se moleste. A uno lo ve escribiendo en un café y los comensales se imaginan muchas cosas: hace una

tarea, un inventario, ensaya una pluma, revisa cuentas, prepara una invasión, cumple con escribir mil veces “no debo hacer esto”. En fin. Uno escribe en Berlín y no pasa nada especial para nadie sino sólo para uno, el que escribe, que se va tragando la ciudad palabra a palabra. Y diría entonces que este “civitófago” (supongamos que la palabra es correcta y quiere decir devorador de ciudades), después de muchas palabras, se va a casa y con las palabras escritas reconstruye una ciudad para él, propia, que nadie le podrá quitar. Escribiendo en Berlín, entendí esto. Y por esta razón yo soy también un berlinés. He escrito y descrito, creado y reafirmado sobre la ciudad. Y quizás no sea la ciudad misma sino otra que yo me haya inventado. De todas maneras se llama Berlín y ya no podré salir de ella. Y no porque esté atrapado o me haya vuelto un obsesivo o quiera ser un sádico o un masoquista. Hay muchas maneras de aferrarse a una idea. Pero no es mi caso. Yo simplemente escribí sobre Berlín y la ciudad (la gente que hace la ciudad) se quedó viviendo en mi memoria y en mi literatura. Los escritores somos gente peligrosa, nos llevamos convertidas en palabras lo que vemos. Y luego jugamos o nos atormentamos con esto.

Baruch Spinoza enseña sobre el atributo de la extensión a través de conceptos geométricos. Así, puedo darle forma a un pianista que vive en Charlottenburg o a mi compañero de mesa, de quien leí su novela, La sociedad oscura, escribiéndola a mano y usando un diccionario. Nunca había leído tan lento y entendido el mundo tan distinto. Creo que mi versión de esta lectura riñe con todos los críticos, con la intención del autor y con todo lo que se sabe de ríos. Sin embargo, en esto consiste la extensión: en medir sin detenerse. El entendimiento nace como consecuencia de este ejercicio. Y bueno o malo (nunca me he preocupado por acertar) lo entendido, es una versión.

De Berlín, entonces, entendí que seguía vivo y podía zafar fantasmas viejos para recibir otros nuevos. La literatura se alimenta de fantasmas, apariciones, sombras, figuras difusas, gente a medio crear, posibilidades y prohibiciones. Y de canciones que estimulan a ir por el tiempo. En Berlín escuché mucha música y canciones, en especial la del viejo Cabaret. Y de todos estos sonidos, que realmente son historias mínimas y por eso tremendamente bellas, me gustó más la voz de Zarah Leander. Esta mujer que, como se sabe, no era de Berlín ni alemana, se hizo en Berlín y ya hace parte de la ciudad. Al menos de la Berlín que me he construido y habito cuando quiero.

En la literatura, creo yo, no hay que entender razones (dejo esto a los analistas y a los científicos) sino sinrazones. En este sentido soy muy freudiano. Lo que

interesa es lo que se extiende y oscurece, no lo que tiene límites y puede ser debidamente comprendido (o mentido). De Berlín entonces entendí muchas sinrazones, lo que me permitió fabulaciones, o sea, el oficio de escribir literatura.

Tercera vez Berlín: lo que leí.

Decía, en un aparte de esta charla, que Walter Benjamin definía a Berlín como una biblioteca atravesada por un río. Esta frase, que saqué de alguna lectura al azar, pudo haber sido de una revista o un libro, se me fue convirtiendo en un objetivo. Todos los días, a veces sin ir hasta el río o algún canal, daba una caminata larga y trataba de leer lo que estaba escrito en la ciudad biblioteca. Comencé por los avisos, que anotaba cuidadosamente y luego traducía en casa. Hablaban de ofertas comerciales, de prohibiciones, de horarios de servicios religiosos, de paradas de buses, de trenes que se detenían en una estación y entonces había que ir a tomar un bus para conectar con otra estación y así seguir el viaje. También anoté lo que decían los anuncios publicitarios, los tableros de los restaurantes que ofrecían el menú del día, las presentaciones de la ópera etc.

Este primer ejercicio de lectura situacional que me permitió saber qué era qué en el mundo de los peatones (lo que se llama conocimiento circunstancial y da una visión primaria del entorno), me llevó a tener un diccionario siempre en el bolsillo, una pequeña libreta de apuntes y un lápiz. De esos primeros anuncios copiados y mal traducidos, salieron algunas anotaciones interesantes. Por ejemplo, qué hacer con una salchicha en caso de aguacero o cómo partir un tren subterráneo en rodajas y ofrecerlo en oferta. Realmente el ejercicio era fácil. Copiaba el anuncio, traducía y luego armaba frases con las palabras aprendidas, las más de ellas absurdas y cómicas. Si Gleis era muelle y pan Brot, por ejemplo, podía esperar el tren en el pan tres y comer el muelle. También podía ponerme el tren en la cabeza y subir a un zapato que iba hasta Wannsee. Creo que en los primeros días no leía la biblioteca que había supuesto Walter Benjamin, pero sí lograba tomar palabras y frases cortas para hacer ensayos mientras bebía un café.

Con los días (siempre pasa algo con los días) comencé a leer espacios arquitectónicos y a significarlos según fuera el clima, la hora y mi estado de ánimo. Al principio caí en la trampa de las comparaciones. Lo que conocía de Buenos Aires, Madrid, Jerusalén, Medellín, trataba de situarlo en Berlín para saber realmente qué estaba leyendo en lo que veía. Terminé leyendo sobre monstruos porque toda comparación, cuando se une, crea un desorden.

Cambié entonces de método y opté por las analogías, siguiendo la metodología de Isidoro de Sevilla. Esto consiste en crear un mapa mental a partir de un punto determinado. Así, toda ventana tiene una cortina y la cortina se vendió en un almacén que está en una calle y allí hay un aviso que prohíbe estacionar, o sea que ahí se estacionaron antes mal etc. Este sistema de Isidoro (autor al que le debemos los conceptos geopolíticos y económicos de norte y sur), me llevó a ver y leer de manera infinita lo que tenía frente a mí. Si lo uno conectaba necesariamente con lo otro, en cualquier cosa mínima había una historia que partía de una memoria (lo que había ahí) y llevaba a una imaginación, lo que pudo haber habido ahí. En términos de Borges, toda lectura contiene una memoria (palabras atrapadas, inmovibles) y una fabulación (eso que no se ha dicho de lo que ahí está escrito).

Leer la ciudad a la manera Isidoriana (o borgiana si se quiere), me planteó una tarea desmesurada, algo que le hubiera venido muy bien a Elías Canetti. Este hombre era un desmenuzador. Yo no. Entonces, para no quedar mal con lo que había presupuestado (y que había nacido de recordar a Isidoro de Sevilla), opté mejor por la propuesta de Schlomó ibn Gabirol. Me mantendría en un punto intermedio, sin buscar la causa primera ni los efectos finales de eso que leía. Simplemente estaría ahí detenido, estableciendo lo más cercano, lo que me tocaba. Esto hizo que la libreta de apuntes no se me acabara tan rápido. Pero Gabirol, en términos de lectura, no defendía sólo el punto intermedio, ese estar en alguna parte asumiendo los tiempos y espacios más cercanos, sino que establecía (de manera anexa) una metodología que luego harían famosa los cabalistas. Toda lectura tiene cuatro instancias:

1. La literal (lo que denota eso que vemos: formas, espacios, alturas etc.). En lo literal uno hace de ilustrador y copia la realidad.
2. La metáfora, eso que podría significar la cosa que vemos. Porque una frase esconde a otras y a veces lo que leemos es sólo el vestido de un cuerpo que hay adentro. A Derridá, el filósofo franco-sefardí, esto le gustaba mucho.
3. Lo ético. Eso que leemos hace parte de un comportamiento. No está ahí al azar, representa parte de una moral o de una inmoralidad. Es una idea adecuada o una falsedad. Algo así fue la lectura que hicieron del entorno los Impresionistas.

Y 4. Lo místico, lo que leo cómo me conecta con la divinidad. Esta última lectura le debió haber gustado mucho a Benjamin, que buscaba los nombres secretos de las cosas. Como se sabe (y si no se sabe puede saberse bien a partir de un texto de Gerhom Scholem titulado Los nombres secretos de Walter Benjamin), Benjamin creó un personaje llamado Agesilaus Santander, algunos dicen que era un ángel que haría las veces de Golem en lo tocante a descubrir

lo que hay detrás de los nombres, el Shem Kadmón (el prenombre). Este Agesilaus Santander leía la ciudad a partir del entusiasmo (del estar lleno de D-s).

Las propuestas de Ibn Gabirol y de Benjamin me sedujeron por un tiempo en la lectura que hice de Berlín, que variaba según fuera el tren o el tranvía que tomara. Leí todo Alexanderplatz sin encontrar mayores referencias de Döblin. Luego me fui a Kreuzberg buscando restos de algún cuento de las mil y una noches. Creo que encontré algo en un almacén de telas y en un centro de porno audiovisual. También estuve por Wedding, por los alrededores de la Ost-Bahnhof, por Alt Mariendorf, por Lichtenberg etc. Por esos lugares leí sobre anarquistas, fumadores en paro, comerciantes gordos, italianos de paso, neo-nazis, rusos y ucranianos sin documentos, colombianos demostrando que son mejores que otros y siguen incomprendidos, palestinos posando de estar en la franja de Gaza etc. Realmente, la tetra-lectura me permitió verme más en Berlin, sentirme aquí, no como alguien que conoce la ciudad sino que la lee y a partir de ahí imagina y a la vez aprende que los límites se pierden y esa es la última oportunidad que tenemos, ya que todo lo que está limitado es peligroso. Estar en una base de datos, por ejemplo.

Pero un mismo método de lectura agota. Además se va perdiendo la libertad en la medida en que uno se especializa. Así que, para leer a Berlín, cambié de método. Creo mucho en la libertad hegeliana: uno es libre en la medida en que mejora lo que sabe y se esclaviza cuando no lo hace. Y como soy judío y creo en lo que se cuenta en la Hagadá de Pésaj, o sea que después de haber salido de Egipto ya no seremos esclavos, opté por la filosofía negativa de Maimónides, que plantea que las cosas se entienden por lo que no son. Así si un edificio no es un auto ni es un perro ni un computador..., al final sabré lo que realmente es el edificio. Leyendo los edificios de Potsdamer Platz, hice un gran recorrido mental de Berlín. Lo mismo me sucedió leyendo la sinagoga de la Pestalozzistrasse, los transeúntes de la Kantstrasse y la iglesia de San Nicolás. Por lo que no eran las cosas que leí, repasé lo que había leído, hice un inventario de escrituras de café. Debo agradecer a Maimónides y a la beca del DAAD el haber podido hacer este ejercicio que, creo, es fundamental para escribir. Ahora, por ejemplo, me pregunto qué cosa no es el Instituto Cervantes de Berlín.

Concluyo esta charla con un informe.

MI AÑO EN BERLÍN

Informe de actividades.

Es curioso que seis generaciones de berlineses, a lo largo del tiempo y de dos guerras, hayan vivido sin darle importancia a una calle duplicada que aparece en el mapa de la ciudad: la Wielandstrasse. Lo anterior, para mi caso, porque también hay otras calles que no sólo se duplican sino que se triplican y que aparecen tan lejanas unas de otras como Varsovia de Limoges, guardadas las proporciones (a veces pienso en términos de mapa ferroviario). Esto explica que Berlín no sea una urbe sino la suma de varias pequeñas ciudades, cada una de las cuales fue autónoma para normar como quiso sus plazas, parques y calles. Digo esto porque la Wielandstrasse, que fue la calle que me tocó habitar, existe en Charlottenburg y también en Friedenau y si esto no se explica bien a un taxista o no se escribe correctamente encima de un sobre o paquete de correos, remarcando bien el código número postal, se crea una confusión. Como me pasó: yo venía a vivir en una Wielandstrasse 18 de Charlottenburg y terminé viviendo en la otra Wielandstrasse, en Friedenau, lo que llevó a que la sinagoga de la calle Pestalozzi (calle que también se repite) y el café París, que en el mapa se veían tan cerca al sitio donde iba a vivir primero y a donde podría llegar a pie, se alejaron de mis posibilidades matinales. Soy un hombre que camina en las mañanas y en esas caminatas aprovecho para comprar el periódico, el pan, saludar a alguien, tomarme un café y terminar de despertar. Me gusta que el día entre en mí en la calle.

Claro que no me quejo de haber pensado en habitar una calle y terminar viviendo en otra. En la Biblia, D-s crea el mundo del tohú y el vohú, elementos que deberían haber desaparecido con la creación, pero no pasó así: el caos y el vacío están ahí y cumplen con la función de confundir para que sólo los más capaces sean los dueños de la situación. Esto, que parece una burla de D-s, se lo expliqué a los distintos carteros que trajeron paquetes y sobres a mi casilla de correos, diciéndoles primero que respetaba y admiraba su profesión porque esto de ir de calle en calle, sin equivocarse a pesar de las direcciones que se copian, es algo que me supera. Yo no sería capaz, les dije y ahí les entraba con la teoría del caos y el vacío. Unos me miraban con ojos agrios, otros se montaron en la bicicleta y siguieron repartiendo el correo como si yo no existiera. Pero hubo uno que no sólo me escuchó sino que, al final, me dio un abrazo. Era un hombre pequeño y flaco, con una nariz delgada y brillante. Me dio la impresión de que era judío y polaco. Y que su padre era sastre.

Bueno, el caso fue que comencé mis días en Berlín en la Wielandstrasse 18, 12159 Berlín (Friedenau), cerca de una estación de S-Bahn, viviendo en uno de esos pisos antiguos, cómodos y grandes que recibieron bombazos de los rusos. Y me gustó mucho porque sentí que realmente estaba en Alemania. Si me hubiera tocado un piso moderno, de paredes bajas y ascensor, no hubiera llegado a esta conclusión, que si bien es elemental, resultó importante para mí. Claro que el piso en la otra Wielandstrasse también era bello y, como el de Friedenau, igualmente recibió daños en la guerra. Quedaba cerca del Kurfürstendamm y de Savigny Platz, sitios que tienen cierta elegancia y que, como sucedió, se encargaron de robarse a mi mujer. Ella no estuvo de acuerdo con el piso en Friedenau argumentando que a determinadas horas había muchas madres con niños en las calles, pocos perros y un silencio en la noche que le aterraba. De los turcos y los negros que vivían al otro lado de la estación de S-Bahn no dijo nada, pero debió decirlo (ella es clasista y no admite que toda la gente es igual. “La ropa nos diferencia”, ha dicho sin ahondar más. En ocasiones el silencio siguiente es más terrible que las palabras). Así que tomó sus maletas y se fue a un hotel en la Bleibtreustrasse para esperar que desocuparan el piso de Wielandstrasse 18, en Charlottenburg. Y no sé cómo lo hizo, quizás fue a ese piso y pidió amablemente a los inquilinos que lo abandonaran o llevó cucarachas en frascos para tirarlas por debajo de la puerta; como digo, no lo sé, pero el caso es que en menos de un mes terminó viviendo allí. Orgullosa con su logro, me pidió que me trasladara.

Pasa que, al primer impacto, a uno le gusta esto más que aquello. Y cuando no logra lo que quiere, se las arregla con lo que queda. En ese mes en el que mi mujer no vivió conmigo, empeñada como estaba en vivir en Charlottenburg, yo me fui acomodando a Friedenau. Primero al piso, que si bien lo tenía que limpiar cada tres días, me permitió acomodar bien mi biblioteca, crear un espacio amplio y bien iluminado para mi mesa de trabajo, organizar un cuarto de huéspedes y cuadrar la alacena de tal manera que parecía un pequeño almacén. Mis hijas, a las que aprendí a lavarles y plancharles la ropa, hicieron de sus habitaciones lugares muy agradables. Por estas pequeñas acciones, cuando mi mujer nos pidió abandonar el piso de Wielandstrasse de Friedenau, nos negamos rotundamente. No íbamos a dejar un sitio que ya dominábamos, en el que ya nos conocían los vecinos (ya habíamos sido invitados a un par de fiestas) y donde teníamos todo a la mano: supermercados, panaderías, una librería, el banco, la biblioteca pública, una oficina de reparaciones caseras, un hombre que llenaba todos los días parte de la Hedwigstrasse con osos de peluche, el kiosco de revistas y periódicos, la tabaquería, restaurantes, un viejo nazi que atendía una papelería en la Rheinstrasse y estallaba por cualquier

cosa, un vendedor de salchichas y Buletten que saludaba en todos los idiomas, un ruso que hablaba solo, los turcos que entraban y salían en fila del centro cultural islámico, un lugar en el que bailaba tango, una mujer en bicicleta que era seguida por un gato etc. En un mes de vivir allí, sin mi mujer, habíamos creado un pequeño mundo en el que nos movíamos sin problemas y salir de ahí sería regresar a la confusión y a la nada. En esto fui muy claro y mis hijas me respaldaron en la decisión de no dejar ese piso en el que tan bien se oían las canciones de Zarah Leander, Die Comedian Harmonists, Claire Waldoff y Marlene Dietrich. Y no porque en Charlottenburg no hubiera o no se pudiera hacer lo mismo, con excepción de uno que otro personaje, no. Era una cuestión de ambiente, de tener ya a quién saludar, de contar con un lugar donde dejar razones (la muchacha que atendía el kiosco de periódico nos prestaba este servicio). Claro que mi mujer, que no admitió nuestra decisión, dijo que todo se debía a una mujer, que yo estaba enredado con alguien, que era un degenerado (siempre hay un argumento atroz para enfrentar una negativa). Pero no quiso venir a comprobarlo. Ella no pensaba salir de su piso en Wielandstrasse en Charlottenburg. Además, estaba muy ocupada allí recibiendo a sus amigas y a su familia, que me odiaba porque la primera vez que vino a Berlín sólo le di el código postal, así que ninguno de sus integrantes dio con nosotros. Casi enloquecen, como supe después, llamando al teléfono al que yo le había cambiado un número.

A lo largo de los días que estuve en Berlín, que fueron de calor y de frío, de lluvia y de viento, un extraño sueño me asaltó cada tanto: soñaba que estaba viviendo en Wielandstrasse 18 en Charlottenburg y que todo lo que me pasaba en Friedenau era una invención mía. Así que ni lavaba los platos en la cocina ni llevaba a las niñas al colegio ni trabajaba en mi mesa. Y menos salía a la calle para tomarme un café, comprar el periódico o saludar a alguien. Cuando despertaba, corría a la ventana para certificar que eso que había soñado no era cierto. Ahí estaba la calle, los árboles, el vecino del piso de abajo, el patio con los leños para los hornos ingleses. Sin embargo, en la medida en que el sueño se fue repitiendo, comenzaron a desaparecer cosas: primero fue el muro que separaba nuestro patio del edificio vecino. Supuse que lo había tirado el hombre negro que hacía los arreglos, pues ya se había hablado de esto en una reunión de usuarios del edificio. Después desaparecieron dos vecinos y tres árboles que estaban delante de la puerta principal. Les dije a mis hijas que se habían ido de vacaciones. Y que los árboles los habían cortado porque estaban viejos. Lo que no supe explicar fue la desaparición de la escalera principal, lo que nos obligó a bajar a la calle por medio de poleas y de lazos. Claro que las niñas tomaron el asunto de manera divertida e, incluso, invitaron a sus amigas

para que conocieran nuestra manera de subir y bajar. Todo fue como una pequeña feria. Ya, cuando desapareció la cocina y mi cuarto de trabajo, me puse nervioso y me di cuenta de que, si seguía teniendo ese sueño persistente el piso de Friedenau iba a desaparecer del todo y finalmente tendríamos que irnos a vivir a Charlottenburg, a esa otra Wielandstrasse, como quería mi mujer.

Así que mi estadía en Berlín ese año, como bien puedo certificarlo, se redujo a no dormir en las últimas semanas. A pasar días y noches con los ojos abiertos, pendiente de que no fuera a faltar nada más en el edificio. Y en esos desvelos obligados recorrí todas las estaciones de U-Bahn y S-Bahn, subí en todas las rutas de autobuses, ingresé a varios servicios religiosos, conocí cada calle y cada puerta de Friedenau-Schöneberg, entré en los bares y cabarets, asistí a partidos de fútbol, a conferencias y exposiciones de arte, tomé clases en la universidad y recorrí milimétricamente las orillas del Spree y los canales, por los lados del Reichstag. Y logré lo que nunca me pasó por la cabeza: ser miembro del grupo de carteros de Berlín. A mi mujer le llevé cartas de su familia e invitaciones de sus amigas. Claro que ella no lo supo, si lo supiera no sé qué habría pasado. Ella está convencida de que viví con ella en la Wielandstrasse en Charlottenburg y que todo lo que digo de Friedenau fue una invención, una manera de divertir a las visitas y a las amigas de las niñas.

En el año en que viví en Berlin, las calles se duplicaban y pasaban cosas confusas. Por ejemplo, mi mujer nunca vivió en Charlottenburg, en Wielandstrasse 18, el rabino de la sinagoga de la Pestalozzistrasse se hizo más pequeño en el servicio de Yom Kipur y la mujer que pasaba en bicicleta, seguida por un gato, resultó ser la que al final trajo los tiquetes para que viajáramos al otro lado de mar.

Muchas gracias.

Escrito en Medellín, oyendo cantar a Zarah Leander. Agosto de 2006.